

pacion á los caseros y campo al ingenio de los inquilinos de Madrid.

Mas lo peor del caso fue que la señora tendera y las niñas luego que se vieron con casa propia dijeron con resolucion: "*No mas mostrador;*" y fue tal su energía, que consiguieron determinar al amo de casa á trasladarse á vivir al cuarto principal de la propia. Con todas estas bajas los empeños contraidos lejos de disminuirse fueron en aumento con los intereses anuales, en términos que, á vuelta de algunos años, el hipotecario, observando que su crédito ascendia ya al valor de toda la finca, la reclamó judicialmente y le fue adjudicada. De esta manera desapareció el tesoro del almacenista cual precioso monumento estraido sin precaucion de las ruinas de Herculano, que se deshace y evapora á la sola impresion del aire.



Los paletos en Madrid.



« Juan Labrador , ¿ qué os parecen los músicos ? » - « Que son diestros ; pero mejor me parecen de mi exido los gilgueros. »

Matos.

El aire de corte es semejante al tufo en una pieza cerrada, que solo le perciben los que vienen de fuera. Esta fria atencion, estos estudiados modales, estas palabras vagas, este cortés egoismo que llamamos *buen tono* y bien parecer, desconciertan sobremanera á los forasteros, y hacen formar distinto concepto de nosotros á aquellos mismos que si nos vieron fuera de Madrid quedaron prendados de nuestra amabilidad y cortesía. ¿ Y por qué esta diferencia? Porque en la corte la fantasma del poder nos persigue constantemente, obligándonos á estudiar y medir nuestras palabras y acciones; congójanos con el temor de aparecer hombres vulgares, llena nuestras mentes de proyectos quiméricos y de esperanzas ambiciosas, y adormeciéndonos con ellas, nos hace desdeñar los sólidos caminos de la fortuna por seguir los engañosos atajos del favor.

Sea, pues, ejemplo de estas verdades la fami-

lia de *don Teodoro Sobrepuja*. Este caballero, á quien sus importantes empleos y comisiones delicadas habian ocasionado una enfermedad de pecho que le redujo en poco tiempo á un estado lastimoso, viéndose precisado á buscar en los aires nativos el recobro de su salud, pasó á lá villa de Olmedo, llevando consigo á sus dos hijos *Cárlos* y *Luisita*, jóvenes aquel de diez y ocho, y ésta de catorce años de edad. La amabilidad de don Teodoro y de sus hijos, y las muchas relaciones de familia que tenia en el pueblo, les sirvieron en términos que muy luego fueron el objeto de las atenciones y obsequios generales, pero mas particularmente de parte de la familia de *Patricio Mirabajo*, el mas rico hacendado de aquellos contornos, compañero de infancia de don Teodoro, y cuya amistad llegó al estremo, que no contento con prodigarle toda clase de atenciones, no paró hasta llevársele á vivir á su casa á fin de atender con mas cuidado al restablecimiento de su salud. La muger de *Patricio*, *Aldonza Cantueso*, muger de un escelente fondo, aunque rústica sobremanera, y sus dos hijos *Braulio* y *Feliciana*, contribuyeron por su parte á hacer grata á los forasteros la estancia del lugar, de modo que, dilatándose esta mas de año y medio, recobró don Teodoro no tan solo su perdida salud, sino aquel apacible sosiego del espíritu que huye de las ciudades, y solo se encuentra bajo los techos de la aldea.

Los jóvenes por su parte, cuya tierna edad era la mas á propósito para recibir las primeras im-

presiones del amor, no pusieron cuidado en resistirlas, antes bien dejaron crecer á la vista de sus mismos padres una pasion inocente que estos se complacieron en fortificar, disponiendo en consecuencia los matrimonios de Cárlos con Feliciano, y de Luisita con Braulio; pero como todavía eran tan jóvenes, señalaron el plazo para de allí á tres años, que deberian reunirse en Madrid; y consolados con esta esperanza, aunque penetrados de sentimiento, regresaron don Teodoro y sus hijos á la capital.

Facil es de concebir la firmeza que resolucion semejante podria mantener en el pecho de un hombre en quien la ausencia de la corte no habia hecho mas que adormecer las ideas de orgullo y de elevacion, como tambien los vaivenes que durante tres años sufririan los corazones de nuestros jóvenes en aquella peligrosa edad, y rodeados de los atractivos y seducciones cortesanas. Con efecto, el recuerdo de sus amores se debilitaba de dia en dia; pesábales ya el momento de escribir á sus amantes, y en el interior de sus corazones temian ver llegar el plazo de la entrevista. Don Teodoro por su parte, ocupado en sus ascensos y engrandecimiento, apenas recordaba ya su compromiso, cuando una mañana la ronca voz de la señora Aldonza vino á sacar á todos de su distraccion, y vieron con asombro á aquella y sus dos hijos, que entraban por la sala con la algazara y contento propias de personas sencillas y satisfechas.

Tan inesperada invasion no pudo menos de sorprender á don Teodoro y su familia; pero sobreponiéndose luego al primer movimiento de extrañeza, recordó aquel los inmensos favores que debia á sus huéspedes, y haciendo una violencia á su fisonomía y á su lengua, procuró recibirles con muestras de regocijo. Las parejas juveniles, observándose con desconfianza y curiosidad, tardaron aun largo rato en manifestarse; pero un resto del fuego de su antiguo amor, encendido á la vista de aquellas facciones, en otro tiempo adoradas, les obligó por entonces á hacer abstraccion de trages y modales, y solo mirar el objeto de sus primeros amores, con lo cual pudieron entregarse á las demostraciones de su contento; demostraciones que se prolongaron todo aquel dia.

A la mañana siguiente fue preciso condescender con el deseo de los huéspedes de dar una vuelta por calles y paseos, con lo cual empezaron estos muy de mañana á destapar cofres y maletas, y sacar de ellos los trages de *dia del Corpus* para presentarse en Madrid con el decoro conveniente. Pero el elegantísimo Carlitos, á quien toda la noche habia traído desvelado la consideracion de lo mucho que iba á padecer su vanidad, no perdía de vista aquella operacion: asustado con los tales preparativos corrió al cuarto de su hermanita, y arrojándose en una silla, ¡ay Luisita mia, esclamaba, tristes de nosotros acompañando á los lugareños! ¡si vieras qué vestidos, qué telas, qué pei-

nados! sin duda que vamos á ser la burla de todo el Prado. ¿Qué dirán tus amiguitas las de *Yerba-vana*, que tan sublime concepto tienen formado de mi elegancia, viéndome hacer el amor á una paleta con el talle bajo el brazo, mantilla hueca y recogida á la garganta, bucles cortitos y peineta de una terciá, zapatos de tabinete y guantes de color de rosa? Y tú por tu parte, ¿cómo has de sufrir la risa del alferez de la Guardia mirándote acompañar por un frac del año 12, sombrero ancho de copa, pantalon de punto ajustado, y botas de campana á la *bombé*? — Sin duda, Carlitos (esclamaba Luisita sollozando), sin duda que haremos con ellos un buen contraste, tú con tu levita de fantasía, y yo con mi *cachemir ternó*. — Y papá, ¿qué papel va á hacer con sus dos veneras acompañando á la señora Aldonza de vestido de estameña y moño de calabaza? — ¡Oh! eso es insufrible, y yo voy á fingirme mala. — Y yo tambien, decia Carlitos; pero al llegar aqui abren con estrépito la mampara, y se adelanta el triunvirato olmedino, ofreciendo el anacronismo mas disonante en aquel primoroso *tocador-Psiché*.

Sin embargo, los jóvenes cortesanos disimularon su estrañeza; pero no así los paletos, los cuales rieron á carcajadas al mirar el ajustado talle de Carlos y el elegante prendido de Luisita, mortificando á estos con sus preguntas y algazara, no menos que al padre, que se presentó despues; pero no hubo mas remedio que hacerse

una fuerte violencia, y acompañarlos á paseo.

Pongo en consideracion de mis lectores la extravagante caricatura que ofrecerian las tres parejas, asi como tambien dejo considerar el efecto que en los recién venidos produciria la vista de tantos objetos estraños. Este á la verdad era singular é incomprendible; v. gr., pasaron sin hacer alto por delante del hermoso edificio de la Aduana, y les llenó de admiracion la fuente de la Puerta del Sol: vieron sin entusiasmo el salon del Prado, y en las fuentes de Cibeles, Apolo y Neptuno, lo que mas les admiraba era la anchura del pilon: cada coche que pasaba era para ellos un suceso: las mugeres, madre é hija, agarraban á sus parejas respectivas temiendo que las atropellasen, aunque fuesen á treinta varas de distancia, y el mançebo se quitaba cortesmente el sombrero, creyendo que los que iban dentro eran personas reales: á cada lugareño que pasaba iban á hablarle, tomándole por paisano suyo, y la vista de cada elegante les producia risas convulsivas y dichos nada corteses: su marcha en la confusion del Prado era oblicua y desigual; quejábanse de las apreturas; distraíanse mirando atentamente á las caras de los paseantes; dejaban caer el abanico, los guantes, el pañuelo, y á cada objeto que les chocaba llamaban la atencion de los demas señalándole con el dedo. Mas en fin, cansados á la segunda vuelta, quisieron sentarse, no sin grave alivio de los acompañantes, que vieron disimulada por un momento su enfadosa publicidad.

De vuelta de paseo manifestaron deseos de beber, y don Teodoro, venciendo su repugnancia, les hizo entrar en un café, donde pidieron limon y leche, y luego chocolate con bollos, y habiendo querido obsequiar Carlitos á Feliciano con un queso helado, ésta pidió al mozo un cuchillo para partirle. Pasaron despues al teatro á ocupar un palco, tomado de antemano: allí se echaron de brazos en la barandilla, y dejaron caer un antejo perpendicular encima de la cabeza de un alguacil, con lo que llamaron la atencion de toda la concurrencia, no sin grave bochorno de los dos jóvenes, que se escondian lo mejor posible. La desgracia hizo que aquella noche acertasen á hacer la ópera de *L'ultimo giorno di Pompei*, y si bien al principio la vista de las decoraciones y el ruido de la música y de los coros los tenia agradablemente entretenidos, no tardaron en empezar á bostezar, y al caer el telon al final del primer acto cayeron tambien sus párpados, permaneciendo en tan envidiable estado hasta que la erupcion del vesubio, al concluirse la ópera, les hizo despertar asombrados, y figurándosela verdadera corrieron á la puerta, temiendo ser víctimas de aquella catástrofe.

Sería nunca acabar el ir refiriendo una por una las escenas grotescas que ofrecia la naturalidad de nuestros paletos, contrapuesta á la afectacion de los cortesanos; por mi parte tuve motivo de ser testigo de algunas de ellas, por haberles acompañado, en calidad de amigo de la casa, á ver las cu-

riosidades de Madrid; y preguntándoles después qué era lo que mas les habia gustado de ellas, me respondieron que en el Palacio la pieza de porcelana; en el Museo el cuadro del hambre de Madrid; la bajilla de plata en el Casino; la campana china en el Gabinete de Historia natural; en el Retiro el ídolo igipcio de la fuente del estanque, y en la Armería el espejo para curar la ictericia: en punto á paseos dieron la preferencia á la Ronda, y de funciones teatrales ninguna les agradó como la *Pata de Cabra*; lo demas todo lo hallaron mediano, y de ningun modo preferible á las bellezas de Olmedo.

No hay necesidad de decir que la ilusion de nuestros jóvenes madrileños habia ido desapareciendo á medida que observaban estas cosas; pero dudosos sobre su futura suerte, y aun confiados en que la permanencia en la corte obligaria á los otros á mudar de inclinaciones, formaron empeño en inspirarles otras ideas; inútil intento: la sencillez de las naturales venia á descomponer todos sus planes: en vano los sastres y modistas acomodaron á sus cuerpos todos los caprichos de los figurines parisinos: la cabeza erguida, y los brazos caidos, dábanles el aspecto de un manequí sin animacion: en vano les enseñaban á pronunciar bien las palabras: su lengua no sujeta les hacía traicion á cada momento.

Por último, un dia en que todos manifestaban su mútuo descontento por lo inútil de estas lecciones, saltó la señora Aldonza, y dando rienda suelta á su mal reprimido disgusto:—“No os canseis,

chicos (les dijo), que pa golver en ca e vuestro padre Patricio Mirabajo con los mismos pecaos que trujisteis, eso me da que igais aches como que igais erres, y Dios en mis adrentos, que lo demas son sotilezas: con que no hay sino dejallo y no andarme con aqui te la puse, que lo mejor solo Dios lo sabe, y como esas cosas podria yo contarles á los de Madril cacaso no entienden... ¡no sino urguenme un tantico, y verán como todos tenemos nuestro aquel...! Y dígolo porque yastoy cansáa de tanto pedricarles de la pulítica, y dale con las cortisías, y torna con los filis, que asi Dios me perdone como parecen saltarines de los cantaño bajaron á mi pueblo. ¡Sus parece, chicos (añadió encarándose con los madrileños), que los mis mochachos pa casarse nesecitan deprender toas esas estilaciones de la corte? Pues náa menos queso; porque ellos mientras Dios dé vida y salú á Aldonza Cantueso y Patricio Mirabajo, no han de apartarse dellos, agora se casen, agora no, que pa eso les himos parío y criaio á nuestros pechos pa que tengan cuidiao de mosotros desque lleguemos á viejos, y si lo contrario hicieren, para esta (y besó la cruz) que no habian de llevar un chavo, casí es nuestra última y pestrimera veluntá. Y esto mismo cuento de icirle á vuestro padre, y que ó herrar ó quitar el banco, y vosotros ya sabeis el camino de Olmedo, con que alli aguardamos la rempuesta.” —

Corridos y confusos quedaron los dos jóvenes con aquella inesperada *proclama*, y luego que que-

daron solos empezaron á reflexionar sobre su suerte; vieron cuán ilusorios eran sus proyectos de enseñar á sus amantes el aire de corte, cuando ellos mismos se verian precisados á olvidarle si habian de casarse y vivir en Olmedo: preguntáronse mutuamente sobre el estado de sus corazones, y hallaron que no quedaba en ellos una chispa del amor primero; observaron la tibieza de su padre en recordarles el empeño contraido; y por último, llamaron en su auxilio las gracias de la señorita de Yerba-vana y del alferéz de la Guardia, que acertaron á entrar en aquel momento. Don Teodoro por su parte, acalorado por las reconvenciones de Aldonza, no tuvo reparo en anular el contrato, y los jóvenes renunciaron con gusto á una renta de diez mil ducados por no verse precisados á salir de Madrid, así como los aldeanos resolvieron olvidar un amor que les ponía en peligro de tener que alejarse de Olmedo.



La filarmonía.

« La dulzura de la música es el único hechizo permitido que hay en el mundo. »

Feijóo.

« La música compone los ánimos descompuestos, y alivia los trabajos que nacen del espíritu. »

Cervantes.

El entusiasmo melomano producido á principios de este siglo por la fecunda lira del Cisne de Pésaro halagaba las imaginaciones europeas, harto fatigadas por las combinaciones de la política y los desastres de la guerra. Las artes encantadoras, que solo crecen á la sombra de la paz, tornaban á ejercer su influencia en los corazones generosos, y el privilegiado *Rossini*, aún no bien salido de la infancia, acababa de fijar la atención general presentando en la escena Veneciana en el Carnaval de 1813 su famoso *Tancredi*. A los acentos del nuevo Orfeo respondieron todos los corazones: “ desde el dux hasta el último gondolero repetían involuntariamente su armonía, y las orillas del Adriático resonaban á todas horas *mi rivedrai, ti rivedró.* ” “ Ni paró aquí (añadían los periódicos de aquella

época) el triunfo del compositor boloñés: en menos de un año su magnífica producción dió la vuelta á Europa; sus cantos se hicieron populares, y admirados en todas partes, así se oían en la capilla Sixtina como en las revistas de Hide-park, en los conciertos de Petersbourgo como en los bailes de París. ”

Desde entonces los teatros líricos de Europa quedaron como avasallados al sublime genio que incesantemente les alimentaba con nuevas producciones, llenas de riqueza y de armonía; y si bien el nuestro, aun no restablecido de los efectos de una guerra devastadora, no pudo ofrecernos tan pronto una producción del compositor del día, no por eso su música era desconocida en esta capital, en cuyos salones resonaba con el merecido aplauso.

El ajuste de las señoras *Moreno* y de otros artistas españoles para los teatros de Madrid vino á ofrecer la posibilidad del espectáculo de la ópera, y aun de la ópera rossiniana, siendo *La Italiana en Argel* la primera de estas que oyó el público madrileño en la noche del domingo 29 de setiembre de 1816 con motivo del augusto enlace de nuestro soberano con la reina doña María Isabel. El entusiasmo inesplicable que aquella brillante producción causó en esta capital fue un anuncio de los gratos momentos que el público matritense podía esperar del autor del Barbero de Sevilla; mas por entonces hubo de contentarse con algunas óperas de otros maestros, porque la escasez de la com-

pañía lírica no permitía funciones de gran desempeño. Esta misma razon sin duda fue la que motivó que la señora *Lorenza Correa*, que acababa de contribuir en los teatros estrangeros á la gloria de Rossini, no se determinase á dar en Madrid ninguna de sus óperas, contentándose con hacernos conocer el *Di tanti palpiti*, y *Una voce poco fá*, que colocó en *Los pretendientes* y *No se compra amor con oro*.

Sin embargo de la escasez del espectáculo, no fue perdido para un público naturalmente filarmónico, y á medida que aquel iba adquiriendo vigor, veíase desterrar entre los aficionados el estilo monótono y amanerado de la antigua escuela para dar lugar al sentimiento y vida de la nueva. La aficion del público iba creciendo al compas que sus conocimientos, y era menester complacerle si se queria dar calor á aquel movimiento. La empresa teatral de 1821 hubo de pensar sin duda de este modo, decidiéndose á volver á presentar á los madrileños el espectáculo de la ópera italiana, de que aun conservaban reminiscencia, aunque remota. Para ello contrató una compañía, compuesta de profesores distinguidos de los teatros de Italia, y á esta fue á quien debió Madrid el conocimiento de las obras mas escogidas de Rossini y demas célebres compositores modernos, cuyas bellezas acabaron de fijar su natural predileccion por la música, y le fueron un manantial de placeres. Muchos años pasarán sin que olvide el delirio que le infundia

Tancredo en la peregrina voz de la señora *Adelaida Sala*, ó *García de Paredes* en el *Barbero de Sevilla*.

Siguió así la ópera, mas ó menos voyante, hasta que en 1825 se ajustó la compañía *Montresor*, desde cuya época no fue una afición la del público, sino un furor filarmónico. El mérito de los cantantes, la nueva pompa con que se adornó el espectáculo, lo escogido de las funciones que se presentaron, fueron cosas de trastornar todas las cabezas, y llegó á tal punto el entusiasmo, que no solamente se les imitaba en el canto, sino en gestos y modales; se vestía á *la Montresor*, se peinaba á *la Cortessi*, y las mugeres varoniles á *la Fabrica* causaron furor todo aquel año. Tan poderoso es el prestigio de la novedad, y tan dominantes los preceptos de la moda.

La ecsigencia del público, creciendo desproporcionadamente, no se contentaba ya con artistas medianos. Fue preciso presentarle los de primer orden, y las célebres *Corri*, *Césari*, *Albini*, *Lorenzani*, *Tossi* y *Meric Lalande*, y los señores *Maggioroti*, *Piermarini*, *Galli*, *Inchindi*, *Passini* y *Trezzini*, con tantos otros como siempre ascendiendo hemos visto despues, han necesitado toda la estension de sus talentos, y la perfecta ejecucion de las obras mas clásicas de *Rossini*, *Pacini*, *Mayerbeer*, *Mercadante*, *Morlachi*, *Carnicer*, *Donizzeti* y *Bellini* para sostener la afición del público, y escitar su entusiasmo hasta el punto que al concluirse el

año cómico de 1831 con la despedida de la señora Adelaida Tossi, faltó poco para que los partidos encontrados de *Tossistas* y *Lalandistas* consiguiesen sembrar una eterna discordia en nuestra sociedad madrileña.

Tan imposible era ya hacer subir de punto aquella ecsageracion que necesariamente tenia que empezar á declinar, y asi es que en el año último puede decirse que ha entrado la ópera en el período de su decadencia, de que solo han podido retraerla algunos instantes los extraordinarios recursos artísticos de la señora Lalande. En vano los entusiastas ó intolerantes esclaman que los artistas no son nuevos, y las óperas no bien escogidas: en vano buscan á su tibieza causas interiores; el mal está en su imaginacion. Satisfecha ésta con el continuado alimento musical, y pasado tambien el influjo de la moda, ha llegado á mirar con indiferencia lo mismo que en otro tiempo la entusiasmaba, y por otro lado despues de escuchar *Semiramide*, *Mosé*, *L'ultimo giorno di Pompei*, *il Crociato*, *il Pirata* y *la Straniera*, ¿qué otras composiciones podrian buscarse para escitar su admiracion? Por esta sencilla razon sería de desear que la ecsigencia filarmónica hiciese un alto para merecerse agradablemente, y sin un furor imposible de perpetuarse, en el ameno campo que le ofrecen la rica fantasía de los compositores y la extraordinaria habilidad de los cantantes del dia.

Esta dilatada educacion musical, unida á la

particular disposicion de los órganos españoles para la ciencia de la armonía, han producido entre nosotros tan notables aficionados que pueden hacerse oír con placer aun despues de los célebres profesores que hemos visto en el teatro. Reconocida generalmente la superioridad de la música italiana, sobre la insulsa pesadez de los romances franceses que antes ocuparan nuestros salones de buen tono, vióse en ellos campear la verdadera escuela del canto, si bien modificada cada año á la manera del modelo que se ostentaba en las tablas; así que alternativamente hemos observado reproducidas con una admirable fidelidad la arrogante determinacion de la Albini, la tranquila correccion de la Lorenzani, la espresion romántica de la Tossi, y hasta la voz ahogada de Montresor, las prolongadas *fioriture* de Vaccani, y la tal vez nasal entonacion de Galli.

Ocasion era esta (si yo pretendiera tener vinculada la risa de mis lectores) para trazar un cuadro, si bien fantástico, si bien ecsacto, de nuestros filarmónicos de salon, poniendo de manifiesto las intriguillas que parecen anejas al ejercicio del arte, los desentonos de la *armonía*, las disputas de los *acordes*, las encontradas vociferaciones de los *unisonos*, y las intenciones menguadas de algunos *virtuosos*: ¡ qué festivos matices no podrian suministrar á mi bosquejo las ronqueras improvisadas, las pérdidas de voz y las recuperaciones repentinas; los descuidos con cuidado en mas de un duo con el

piadoso fin de perder al compañero; las espresivas miradas y suspiros en otro; las gratas palabras de *cara immaggine, mio dolce bene; tenero oggetto; bel' idol' mio; abbi pieta di mé*, tan dulcísicamente deslizadas de ciertos labios como benévolamente acogidas por ciertos oídos; las imprecaciones á un padre tirano, prodigadas tal vez en su presencia con notable entusiasmo suyo; ó bien la letra de *l' inutil precautione*, fuertemente aplaudida por un bondadoso marido, ó emitida con inteligencia por una vírgen de diez y seis.

En segundo término, y como formando el coro de mi festiva composicion, osaría presentar á aquella cohorte parásita de aficionados *orechianti*, que sin haber saludado los principios del arte, elevan ó rebajan á su antojo las reputaciones filarmónicas formándose en *comision de aplausos*, y para los cuales las únicas bases del saber suelen ser la pujanza de la voz ó los atractivos de una hermosa figura; en este número colocaria á aquellos que se sientan entre los cantantes, y estan siempre solícitos, ya á volver las hojas del papel, ya á espabilar las luces del piano, ó repartiendo programas por la sala, ó transmitiendo mas ó menos desfiguradas las espresiones del maestro; los notificadores del *hoy no está en voz, no es de su cuerda, está cortada*, y otras muletillas con que suele disimularse el haber cantado mal; los que tararean *sotto voce* la misma pieza que se canta; los que dan la señal de los *bravo, soberbio, admirable, encantadora*, y otras espresio-

:

nes á este tenor; los que arrojan á la cara de nuestras actrices coronas de papel, ó rompen en su obsequio los asientos del teatro; los que conducen del piano á la silla á la amable cantatriz, envaneciéndose con los elogios que al paso recogen para ella; y tantos otros *indispensables* como forman el claro-oscuro de nuestras reuniones filarmónicas. Pero tales observaciones, dando un aire satírico á mi discurso, me harían aparecer dominado por el deseo de encontrar ridículos, y no es esta mi intencion, tratándose de un arte que ha llegado entre nosotros á una altura regular.

El estado en fin de la música en esta capital es lisonjero, y solo faltaba que asi como se forman aficionados para el encanto de los salones, se formasen artistas que ocupando algun dia los teatros, libren á nuestra nacion del crecido tributo que pagamos á los estrangeros. Nuestra benéfica Soberana ha provisto á este deseo creando un Real Conservatorio de Música, en que reunidos los profesores mas distinguidos, y bajo un excelente método de enseñanza, se ofrece la lisonjera perspectiva de llenar en breves años aquel vacío, y que la nacion que produjo los Garcías, Colbran, Correa y tantos otros, vuelva á presentar á Europa fenómenos de habilidad que acrediten mas y mas su esclarecido renombre en la historia de las artes.



Policia Urbana. (1)



«Si por la laguna Estigia
juró el Tonante hasta aquí,
hoy jura por la marea
de las calles de Madrid.»

D. Juan de Iriarte.

Uno de aquellos dias felices en que el perfecto equilibrio de nuestros humores, ocasionado quizás por una buena digestion, suele inclinarnos á la satisfaccion y al contento, haciéndonos mirar todos los objetos por el lado favorable, salí yo de mi casa sin destino fijo, y con la sola intencion de ponerme en movimiento, dando al mismo tiempo ocupacion á mi tranquila mente con la variedad de cuadros animados que ofrecen las calles de Madrid. Y como aquel dia por fortuna todo me parecia bien, no es facil formarse una idea de las sensaciones agradables que á cada paso experimentaba. El cielo sereno y despejado, el sol brillante, el ambiente apacible, me trasladaban en imaginacion al clima delicioso de las orillas del Betis; el

(1) Este artículo carece ya afortunadamente de una parte de su exactitud por haberse remediado muchos de los defectos que se critican en él.

bullicio y animacion de las calles divertia mi fantasía; todos los hombres me parecian contentos, alegres y corteses; todas las mugeres bellas, amables y satisfechas; sobre todo llamaban mi atencion por su picante fisonomía los jóvenes desde veinte hasta veinte y cinco, y ajustando las fechas, hube de observar que todos ellos debian haber nacido desde 1808 al 13, lo cual me condujo á sacar la consecuencia de que la guerra de invasion en nada perjudicó á las fisonomías.

Llamó luego mi atencion la multitud y belleza de las casas nuevas ó reformadas, sino con la mejor voluntad de los caseros, por lo menos con notable complacencia de los inquilinos; consideraba despues la garantía que á estas mismas casas presta la filantrópica sociedad de seguros, causa principal del embellecimiento de la poblacion: miré con complacencia los edificios públicos destinados á establecimientos útiles y de nueva creacion: recorrí los paseos que por todos lados adornan diariamente nuestra capital: vi sus plazas mas públicas despejadas de la insalubre suciedad que ocasionaba la venta de comestibles: observé mejoras en la limpieza, buena arquitectura en las fuentes y puertas modernas, gusto y elegancia en la innumerable multitud de tiendas y cafés, admirable provision de comestibles en los varios mercados, comodidad incalculable proporcionada por la multitud de mercaderes ambulantes que bajo distinto diapason entonan sus géneros por las calles, be-

lleza y baratura en los objetos artísticos espuestos en los almacenes , prueba incontestable de que hay literatura en la multitud de carteles con letras de á medio pie que adornan las esquinas, decencia y lujo en los vestidos, coches y habitaciones, y mil proyectos útiles, en fin, para en lo sucesivo, tales como el de alumbrado, conduccion de aguas, magnífico teatro y otros semejantes, de los cuales espera esta capital su futuro engrandecimiento. Y animado por la contemplacion de tantas bellezas, no pude menos de rendir en el interior de mi pecho el mas sincero tributo de admiracion y gratitud á nuestro augusto soberano y á las autoridades matritenses, que tanto se desvelan por la prosperidad de este pueblo.

El entusiasmo que aquel paseo habia infundido en mí fue suficiente á hacerme tomar la pluma, y llamando en mi auxilio la musa de Chateaubriand tracé las siguientes líneas : “ Levanta la cabeza, villa de los dos mundos, levanta la cabeza, y sal del abatimiento á que una mano estraña te redujo: desecha los tristes lutos hijos de una guerra desastrosa, para vestirte de nuevas galas y primores: tú eres la joya de la España, tú eres la palma del desierto, la fuente del arenal y la estrella de la noche: como el fenix renace de sus cenizas, asi tú mas hermosa y brillante te presentas despues de tus escenas lastimosas; viuda desconsolada que se adorna con preciosas galas para obsequiar al nuevo esposo; tu conquistada belleza y los nue-

vos encantos que ostentas forman la dicha de tu enamorado ausente que vuelve á sus lares, y se admira de encontrarte mas jóven y mas bella que á su partida: permite, ¡oh Mantua! permite que mi débil voz entone tus loores: permite que enagenado con el suave ambiente de tu eterna primavera..." Pero al llegar aqui el espantoso ruido de un aguacero y granizo improvisados súbitamente, no sin grave riesgo de mis cristales, vino á distraer mi atencion, y aun á arrancarme de mi amable éxtasis. Viendo, pues, que por entonces no me era tan facil volver á él, y conociendo por otro lado que mi estómago pedia á toda prisa el calor que habia subido al cerebro, me puse á cenar al ruido del chaparron, que no hay cosa como cenar tranquilamente mientras silba por fuera la furia del Aquilon y el bramido del Noto.

Consecuencia inmediata de la cena fue el quedar rendido al sueño, del que no volví hasta bien entrada la mañana siguiente: el frio intenso que sentia me hizo mirar el termómetro, y vi que por una de aquellas bruscas transiciones tan frecuentes en nuestra atmósfera, habiamos pasado en pocas horas desde doce grados sobre cero á tres por bajo, con lo cual no estrañé la fuerte tos que me molestaba, y que sin duda fue presagio de las malas aventuras que me esperaban todo el dia. Mas halagado con el recuerdo del anterior, y á pesar del aguacero que habia durado toda la noche, y amenazaba volver á empezar, púseme en la calle con

la idea de continuar mi paseo á fin de concluir mi empezado discurso.

Lo primero que desconcertó mi intencion fue el inmundo lodazal de las calles, que no sabia como evitar, pues si buscaba las estrechas y remendadas losas iba haciendo pasos vascos, impelido por la suavidad del lodo reposado sobre ellas; y si me salia al empedrado, siempre encontraba el medio de poner el pie en las frecuentes hondonadas y charcos. Leía los bandos fijos en las esquinas, y alababa las disposiciones que previenen á los vecinos barrer los frentes de sus casas; pero al mismo tiempo observaba la indolencia general en este punto, y no podia menos de irritarme al considerar este descuido en cosa de interes comun, cuya ejecucion debia ser voluntaria; y estando en estas consideraciones vi desfilar delante de mí una multitud de mendigos, los cuales venian de recoger el segundo desayuno á la puerta de un convento ó de una fonda, sin que á ninguno le ocurriese ofrecer su servicio á los vecinos para dar cumplimiento al barrido de las calles.

El cielo entre tanto se iba cubriendo de nuevo, y no tardó en romper en otro turbion que á todos nos hizo aligerar el paso, pero en vano; á la lluvia por igual y goteada sucedieron muy pronto los asombrosos surtidores de los canalones de los tejados, los cuales describiendo una curva perfecta cruzaban sus aguas en las calles estrechas, y en vano el mísero transeunte intentaba evitar su gol-

pe, pues al menor descuido veíase aplanado, y oía resonar sobre su sombrero la cascada de Aranjuez. Muy luego arroyos, mas rios que el Manzanares, se formaron en las calles, y si bien algunos puentes improvisados ofrecían su socorro, mediante una corta y aun voluntaria retribucion, eran de suyo tan débiles y vacilantes, que habia una probabilidad mas que mediana de caer en el arroyo, lo cual no dejaba de divertir sobremanera á los grupos de mozos de cordel repartidos por las esquinas, que cargarian con media casa si alguno se lo mandase, y formaban escrúpulo de alargar su mano ni ofrecer el menor auxilio á los pasajeros.

Yo buscaba el número 4 en la calle de... para tomar puerto en casa de un amigo; y no bien le hube hallado cuando sin reparar apenas en lo inmundado del portal, infestado por los vapores que exhalaban los dos depósitos que hasta la presente parecen indispensables en la mayor parte de los portales de esta corte, y sin mirar tampoco lo empinado, estrecho y oscuro de la escalera, subí á tientas y llamé en el cuarto que me figuré ser el del amigo, pero se me dijo que no era allí, y que tal vez sería otro número 4 que habia en frente. Atravesé corriendo la calle, subí á la otra casa (cuyo número por cierto estaba cubierto con una enorme muestra que decia: *Halmazen de ace-yte-vinagre, belas de sevoy demas comestibles*), pero tampoco era allí, y solo pude sacar en limpio que aun habia otros dos números 4 en la calle.

Mohino y enojado contra la numeracion de las casas por manzanas, que tanta molestia me ocasionaba, continué la calle abajo y me entré por el primer portal que encontré con aquel número: seguí largo rato su estrecha lobreguez, y ni él se acababa, ni yo encontraba la escalera: en esto siento pasos precipitados detras de mí; redoblo yo los mios, acábase el callejon, y me encuentro en otra calle distinta, con lo que vine en conocimiento de que aquello era un pasadizo, formado como la mayor parte de los de Madrid por la union de dos portales accesorios, aunque sin adornos de cristales y primorosas tiendas como los *passages* de París.

Desesperado con mis azares y con la lluvia, que aun proseguia, no sé qué hubiera dado por hallar un coche que me volviese á mi casa; mas para encontrarle hubiera necesitado ir á la calle de Alcalá ó la de Toledo, y alquilarlo lo menos por medio dia mediante la cómoda retribucion de cuarenta reales, lo cual era peor que aguardar á que pasase la lluvia. Tuve, en fin, que tomar esta última determinacion, mas por fortuna no tardó en despejarse el dia, y por una estravagancia del temporal muy conforme con las anteriores, ostentar el sol su brillo natural.

Volvió la animacion de las calles; pero no volvió mi alegría, pues mis desdichas no desaparecieron con las nubes: distraido con las cavilaciones á que ellas me conducian, iba á torcer una esquina, cuando me miré rodeado de una docena de li-

geros jumentillos que, recién aliviados de la carga de los costales de yeso, y animados por la flexible vara del mancebo que los presidía montado en el último término del mas provento, no me dió lugar á defenderme en regla, sino grotescamente con manos y pies, recordando de paso al mozo con palabras harto duras la benéfica orden que les previene conducir su ganado sujeto á fila; pero aun estaba yo dirigiendo mi filípica, cuando blandiendo de nuevo la vara sobre los lomos de los pollinos formó una densísima nube de yeso y desapareció con ellos, dejándome entregado al coraje y á una violenta tos, que muy pronto conjuró contra mí á todos los perros que han sobrevivido á la persecucion judicial del verano pasado. Salvéme lo mejor que pude de aquellos peligros; pero fue para tropezar en otro, enredándome en una cuerda atada á un palo que habia delante de una obra, y por pronto que quise salir sufrí gran parte de la lluvia de cascote arrojada desde el tejado; apartéme de alli, y fui á dar cerca de una docena de picapedreros que estaban labrando las piedras para la obra, los cuales acertaron á asestarme un guijarro á un ojo, en términos que hube de permanecer tuerto por todo el dia.

Tantos y tan graves contratiempos irritaron mi bilis en términos que todo me incomodaba; los gritos de los vendedores agudos y disonantes; el descoco de las naranjeras; las ropas nada limpias puestas á secar en balcones y ventanas; los toca-

dores al sol en calles no muy retiradas; el humo de las hachas que acompañaron al Santísimo Viático, impreso á propósito en las paredes del portal; las rejas salientes que amenazan los hombros de los adultos y las cabezas de los chiquillos; las riñas de los aguadores en las fuentes por tomar vez para llenar; las carretadas de bueyes cargadas de carbon; las interminables filas de mulas conductoras de paja; los inevitables serones de los panaderos ecuestres; los muchachos que venden candela y suelen arrimarla al que no la solicita; los que salen en tropel de las aulas, ó convierten la calle en público anfiteatro imitando la corrida de toros; los fogosos caballos de la brillante carretela que se dirige al Prado; la eterna pesadez de los simones; la silenciosa embestida de los bombés *facultativos*, y la vacilante direccion de los calesines. Todas estas y otras cosas que se me fueron ofreciendo á la vista en calles y paseos durante todo el dia acabaron de completar mi disgusto.

Llegada la noche tomé puerto en el teatro, en el cual no tuve otro contratiempo sino unas cuantas gotas de aceite que perpendicularmente me cayeron de la araña; y al volver á mi casa á la luz de los faroles, que solo sirven para hacer visibles las tinieblas, iba buscando las calles mas acompañadas por hallarse ya cerradas todas las tiendas; mi desgracia iba como siempre delante de mí: cuándo me hacía tropezar con una muralla provisional de cascotes apilados procedentes de alguna obra;

y colocados á tres cuartas de la pared, entre la cual dejaban un estrecho callejon apenas suficiente para el paso de una persona; cuándo me lanzaba de pies en un monton de cal recién apagada; ora me enredaba en una fila de basuras colocadas en medio del arroyo con ocho horas de anticipacion al acto de recogerlas; ora me ponía delante ciertos avechuchos nocturnos, cuyo solo aspecto y repugnante desvergüenza ofenden al pudor y la moral pública; por aqui me salía al paso una vacilante tertulia arrojada de una taberna; por allá oía aproximarse el ruidoso tren encargado de aquella parte mas sucia de la limpieza; huyendo de su olorífica influencia en el acto solemne de sonar las once, me acogía á la otra acera á tiempo cabalmente de recibir el rocío con que una amable deidad alimentaba los tiestos de su balcon; por último, un sereno que venía detras entonó á este tiempo su agudísima y prolongada cancion, en términos que por miedo de que volviese á repetirla le invité á acompañarme á mi casa, y fue lo mejor que hice bien en todo el dia, pues al aparecer su farolillo á la entrada de cierta callejuela que teníamos que atravesar, vimos echar á correr dos hombres que sin duda no eran amigos del chuzo.

Libre ya en fin de los pasados sustos, y procurando hacerme superior á las encontradas impresiones, reflexioné las inmensas mejoras que el aspecto de nuestra capital ha tenido en pocos años: reconocí que ellas son la causa de la escigencia ac-

tual sobre los inconvenientes que aun observamos, y cuyo remedio en un pueblo grande no es obra de un instante, y me dormí contento con la lisonjera perspectiva que el celo de las autoridades nos presenta, trabajando en hacerlos desaparecer de día en día.



La casa à la antigua.

« Ne genez pas, je vous en donne avis
tant vos enfans, ó vous, peres et meres,
tant vos moitiés, vous epoux et maris,
c'est ou l'amour fait le mieux ses affaires. »

La Fontaine.

Muy distinto era el asunto que me proponia tratar en mi artículo de esta semana; pero al prepararme á ello hallé sobre mi bufete una carta que me hizo variar de idea. Firmábala *don Perpetuo Antañon*, sugeto para mí desconocido, aunque sus circunstancias me parecieron tan notables, que desde luego me propuse ponerlas en conocimiento de mis lectores. Cavilando largo rato sobre el modo de hacerlo con mayor efecto, no hay que decir que corté varias plumas, tracé algunas líneas, las borré luego, cambié muchas veces de papel, y me rasqué no pocas las orejas y la frente; pero todo en vano, pues nada de lo que escribía llenaba mis deseos; hasta que volviendo á leer la carta, me ocurrió la feliz idea de que en vano intentaria yo prestar á mi pintura aquel colorido fiel y sencillo que la da el pincel del propio interesado, y en su consecuencia nada po-

drian agradecerme tanto mis lectores como recibir de mis manos el mismo bosquejo original. Lo cual diciendo, tuve por bien salir de mis apuros sin otro trabajo que el de trasladar literalmente dicha carta, y héla aqui punto por coma.

“Señor curioso: usted es el mismísimo diablo cojuelo, y aun mas, pues sin el ingenioso espejante de alzar los techos de las casas, ni hacernos volar por los aires, como aquel al licenciado don Cleofás, nos pone usted de manifiesto aquellas escenas que pasan de puertas adentro de nuestras casas, y cuya observacion se escapa á la mayor parte de los testigos. Esta pintura desdeñada por el historiador, y ecsagerada en pro ú en contra por viajeros y poetas satíricos, es tanto mas importante, cuanto que nos ofrece un espejo fiel en que mirar nuestras inclinaciones, nuestros placeres, y tambien nuestras virtudes, nuestros defectos y ridiculeces (pues desde luego convengo con usted en que los crímenes no entran en su benévola inspeccion), y puede ofrecernos mas modelos que seguir y mas escollos que evitar que la misma historia, por aquella razon de que hay mas Juanes ó Mengas que Titos y Dioclecianos, y que la mayor parte de los hechos y dichos de los varones célebres de Plutarco parecerian ridículos en un mercader de calle de Postas.

» Pero supuesta la necesidad de esta moral linterna mágica, y supuesta tambien la dificultad de iluminarla de modo que todos la veamos, no

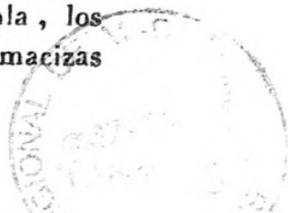
puede menos de asaltarme la duda de que usted tenga á sus órdenes algun espíritu foletto para comunicarle los sucesos con la verdad con que los describe, como si á un mismo tiempo fuera jóven, viejo, elegante, pelucon, padre, amante, galan, cortejo ó pretendiente. Esta consideracion, que me ha ocupado tres noches de desvelo, me ha hecho temer que el dicho malandrin al comunicarle la noticia de mi desman, la tuerza y desfigure tal vez en menos pro de mi buena fama, y por si asi sucediere, quiero yo mismo ser fiel coronista de ella y describírsela á usted, á fin de que haga despues el uso que crea conveniente.

» Para mayor inteligencia de mi discurso empezaré por decir á usted que aqui donde no me ve soy un antiguo comerciante, que habiendo debido á la divina Providencia y á cuarenta años de trabajo un capital respetable, fruto no de quiebras fraudulentas ni especulaciones ilícitas, sino de una honradez y buena fé nunca desmentidas, resolví habrá cinco años retirarme de los negocios, y vivir tranquilo en mi casa con aquella uniformidad y dulzura á que me inclinaba ya el conocimiento del mundo. No le negaré á usted que la causa principal de mi retiro fue sin duda la continuada reflexion sobre los vicios que la miseria parece haber puesto á la moda; observé la mala fé de los diestros estafadores; vi la hipocresía de los falsos amigos; adiviné el interes de los bajos adladores; y conocí, en fin, la delicada po-

sición de un hombre de bien en medio de las asechanzas que le rodean; y sea esta convicción, ó mi natural deseo del descanso, ello fue que desde entonces me cerré herméticamente en mi casa con la sola compañía de mi esposa, una hija niña y dos antiguos criados de conciencia experimentada.

» Confesaré á usted que el edificio que ocupo en un barrio lejano es de los mas antiguos de Madrid, y que su aspecto sombrío, sus balcones de gran vuelo, la enorme ala del tejado, y toda su esterioridad, estan denunciando á los transeuntes su fecha de tres siglos: convengo tambien en que el interior no es de mas moderna invencion, que no reina en él la economía presente, que las pinturas son antiguas, los techos envigados y de una altura desmesurada; las puertas colosales, los vidrios pequeños y verdinegros, las baldosas cortadas y desiguales; pero en cambio es casa propia, tengo en ella salones inmensos, corredores interminables, escaleras interiores, habitaciones independientes, bohardillas y sótanos para guardar un almacén. Por otro lado, la prodigiosa multitud de muebles que poseo no solamente encuentran cabida en este inmenso caseron, sino que juegan muy bien por su fecha y por su forma con lo material del edificio; y sino, dígame usted, ¿en cuál de los del dia podria yo colocar las costosas arañas de doce brazos que llenan ellas solas una sala, los cuadros de tres ó cuatro varas, las mesas macizas

:



de nogal, los sillones de baqueta de Moscovia, las camas imperiales, los bufetes de cuatro registros, las alhacenas y las cómodas de doce cajones? ¿Ni qué bien irían en una casita de muñecas las floreadas cornucopias, las estampas del Hijo pródigo, los ricos escaparates del nacimiento, los siales encarnados, los bancos de respaldo, las colgaduras de damasco, los tapices de Ciro, los tientos de tinaja, los relojes de flautas clavados en la pared, las rinconeras de dos pies, los mapas de media caña, los biombos chinescos, los velones de cuatro pávilos, ó de bomba de cristal, los armarios enrejados, las figuras de talla, y tantos enseres á este tenor como forman el adorno de mi habitacion? Y por último, ¿qué figura habia de hacer yo mismo, vestido á la 1805 con mis zapatos en punta, hevilla de plata, media negra, calzon corto, chaleco cumplido, corbata blanca sin lazo, baston de tres altos, empolvado tupé y sombrero en facha?

» Sin querer, señor curioso, le he hecho á usted la descripcion de mi habitacion y de mi persona; ¿quiere usted saber mi método de vida? pues oíga-le usted. Yo me levanto al salir el sol, y mi primera diligencia es salir á oír misa á la parroquia, donde todos los concurrentes nos conocemos ya de vista cuotidiana: satisfecho este primer deber, me suelo dirigir á cualquiera de las plazuelas de San Ildefonso ó de Santo Domingo; allí, al mismo tiempo que tengo un rato agradable con la ani-

macion y bullicio del mercado, ajusto de paso algunas provisiones, y sé mejor que sus amos lo que cuestan las que llevan los criados de mi vecindad. De vuelta á mi casa me entretengo agradablemente con mi jicaron de dos onzas de chocolate, eclipsado entre cuatro baluartes de tostadas y bollos, cuya sustancia restauradora me presta fuerzas para la lectura del diario (único papel á que conservo aficion, por ser á mi entender el que mas ideas contiene), y como vea en él el anuncio de alguna almoneda ó pública subasta, no dejo de anotarlas en mi registro para darme una vuelta por ellas, último resto que conservo de mi inclinacion mercantil. Cuido despues de mis tiestos y mis canarios, y salgo á las diez á visitar á algun amigo de mi humor y de mi edad, con el cual me entretengo en ensalzar lo pasado á costa de lo presente; entro luego en una librería, donde suelo escuchar cosas que no estan escritas en ningun libro; recorro despues plazas y prenderías buscando preciosidades parecidas á las que yo conservo en mi casa, lo cual suele darme cierto aspecto de anticuario; ecsamino despues el estado de las obras públicas, calculando su duracion, en cuyo cálculo suelo equivocarme en algunos años; y por último, vengo á parar en mi antiguo almacén, recordando en él los vaivenes de mi juventud, cual el viejo marinero sentado en la playa contempla como en sueños sus pasados sustos y alegrías.

» Allí permanezco hasta que suena la una del

reloj del *Buen-Suceso*, á cuya hora vuelvo á mi casa, en la que percibo ya el olor de mis compras de la mañana; mas como no hay cosa que se envidie mas que un sentido á otro, no tardo en confiar al gusto los placeres del oífato, y sentado entre mis dos femeninas compañeras empiezo la comida, que entre trabajo y descanso suele prolongarse hasta las tres. Alzados los manteles, me retiro á dormir una horita de siesta, y despues salgo á paseo con algun amigo (que por lo regular suele ser un religioso), dirigiéndonos despacito al camino de Chamberí ó á las ventas de Alcorcon. Sentámonos donde nos parece, al sol ó á la sombra, parámonos de vez en cuando á tomar un polvo, y departiendo nuestros sentimientos en sabrosa é inocente plática, aguardamos á que el sol empiece á esconderse para volver á la capital, y diriginos, ya juntos, ya separados, á restaurar nuestras fuerzas con la segunda toma de chocolate, precedida por un vaso de limon ó de agraz. Reuno despues la familia, rezamos nuestro rosario, y acabado éste suelo retirarme á mi despacho á leer un par de horas, ó bien acontece bajar el vecino don Segundo con su esposa, que forman con la mia y con migo dos parejas homogéneas para jugar una manita de mediator ó de malilla hasta las nueve, hora en que indispensablemente he de cenar, á fin de poder oír entre sábanas la campana de las diez. Tal es mi método de vida, que solo se interrumpe dos dias en el año, cuales son el del santo de mi

esposa y el mio: en ellos, ademas del convite á los vecinos á mesa y refresco, es de ordenanza el tomar un palco para ver la funcion del coliseo, sea cual fuere, y sin cuidarnos de si pertenece á la familia clásica ó á la romántica, aunque siento mucho cuando toca en el género fastidioso.

» Pero es el caso, señor curioso de mi alma (y aqui entra la parte mas sensible de mi narracion), que asi como no siempre llueve á gusto de todos, tampoco esta serenidad complacía á mi hija desde que dió asomos de querer cumplir los quince, y desde aquel instante cesó la tranquilidad de mi existencia: hecho un argos vigilante de sus pasos, con el fin de que no llegase á conocer las seducciones del mundo, me oponia á todo aquello que consideraba propio á despertar sus pasiones; evité cuidadosamente que ninguna persona humana mas que mis vecinos visitase nuestra casa; cerré puertas y balcones; prohibí amiguitas y parientas; desterré lecturas, músicas y baile; y en los ratos que me ostentaba mas amable de vuelta á casa despues de un paseo con ella á la fuente *del pajarito*, ó á nuestra Señora del Puerto, en vez de mi ordinaria cancion contra las costumbres del dia, la daba á leer algunos de los artículos de usted en las Cartas Españolas ó la Revista, tales como *Las visitas de dias*, *El Prado*, *Las tertulias*, *Las niñas del dia* &c., con lo cual creía haberla convencido sobre los inconvenientes del gran mundo para la juventud; pero si estos y los demas medios